

El cielo prometido y el infierno tan temido

Carlos Martínez Assad



Ediciones
**Bon
Art**



El cielo
prometido
y el infierno tan temido

Martínez Assad, Carlos

El cielo prometido y el infierno tan temido / Carlos Martínez Assad. -- Ciudad de México : Ediciones BonArt, 2024

208 pp. ; 15 x 23 cm. -- (BonArt)

ISBN 9786076966976 (impreso)

ISBN 9786076966983 (ePub)

ISBN 9786076966990 (pdf)

I. Novela mexicana – siglo XX. I. t.

LC: PQ7298.15 M

DEWEY: 863.7 M



El cielo prometido y el infierno tan temido

Primera edición: 2024

De la presente edición:

D. R. © 2024, Carlos Martínez Assad

D. R. © 2024, Bonilla Distribución y Edición, S.A. de C.V.

Hermenegildo Galeana #116, Barrio del Niño Jesús,

Tlalpan, 14080, Ciudad de México

editorial@bonillaartigaseditores.com.mx

www.bonillaartigaseditores.com

ISBN: 978-607-69669-7-6 (impreso)

ISBN: 978-607-69669-8-3 (ePub)

ISBN: 978-607-69669-9-0 (pdf)

Cuidado editorial: Bonilla Artigas Editores

Responsable de la colección: André Urzúa Plá

Diseño de portada: D.C.G. Jocelyn G. Medina

Diseño editorial: André Urzúa Plá

Impreso y hecho en México / Printed in Mexico

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Carlos Martínez Assad

El cielo
prometido
y el **infierno** tan temido

Ediciones
Bon
Art

Contenido

Retratos familiares	11
Sanpancho Sanajuato	23
Puerta del cielo	33
¡Gloria! ¡gloria!	41
<i>Humus non puffic orbis</i>	47
Corazón de Jesús	53
<i>Panis angelicus</i>	57
Un túnel oscuro	69
<i>¡Hossana!</i>	75
Píntame angelitos negros	85
El aroma de las huertas	93
Rosario viviente	99
El género y las bodas	105
Las tejedoras y sus cuentos	113

El tren de la vida	119
Una señora vestida de negro	127
Las correrías en Lion	131
En su eterna gloria	137
Trinidad	147
<i>Miserere nobis</i>	151
El acontecimiento	157
<i>Terre Sanctae</i>	165
Levantemos el corazón	171
<i>Lux aeterna Dei</i>	179
¿Por qué el infierno antes de morir?	189

*Al principio debemos leer el libro con fe de niño,
abandonarnos a él; después nos acompañará
hasta el fin.*

Jorge Luis Borges

*...las que aquí os mostráis felices.
¿no ansiáis subir más alto, ni aun tampoco
por ver mejor a Aquél a quien bendices?*

Dante Alighieri



Retratos familiares

Sueño siempre con lo mismo, como si una fuerza extraña quisiera hacerme volver a los mismos lugares, a la casa de mis padres, sin lograr entrar porque me despertaré lleno de tristeza sin haberlo logrado. Sueño con impaciencia volver a sentirme niño y feliz porque todo es posible. Busco refugio a la sombra del padre Alfaro, de quien he escuchado tantas historias que lo veo materializarse por los caminos. Vestido con su sotana negra raída por el uso y su tonsura en la cabeza, recitando sus jaculatorias a la virgen y al Nazareno, provocándome un temor inexplicable porque, invocándolo para encontrar sosiego, quiero alejarle de mí sin lograrlo; vuelve a estar siempre allí para explicarme lo inexplicable o para hacerme ver lo que no me es posible ver.

Me mostró a Jesús en el huerto de los Olivos, quien estaba allí orando concentrado, con los ojos entrecerrados entre sus bien delineadas cejas en armonía con su rostro de rasgos sirios con cabellos y barba castaños que le daban fuerza y dignidad. Entrelazaba sus manos apoyándolas sobre las rodillas, la túnica blanca le caía holgada desde sus brazos y contrastaba con los tonos azules de su manto dra-

peado cruzado sobre el pecho. Sentado sobre una roca, detrás podía verse Jerusalem. La noche azul se tornaba oscura en lo que usualmente era un manto poblado de estrellas adornando todo el firmamento; la luna apenas dejaba escapar alguna luz entre un cielo nuboso haciendo un claro en la oscuridad. El más absoluto silencio presagiaba lo que vendría. Jesús se había retirado allí para orar al finalizar la cena de Pascua para estar solamente en compañía de Pedro, Juan y Santiago, desprendidos del resto de los doce apóstoles, dispersados después de la celebración. El sitio donde se encontraba era Getsemaní y pertenecía a su amigo José de Arimatías.

Fueron sorprendidos cuando dormían y llegó Judas, quien ya conocía el lugar apartado donde Jesús venía a orar y, dirigiéndose a él, le dio un beso en la mejilla, señal para los soldados romanos que le acompañaban de quién debía ser aprehendido y que por delatarlo recibiría 30 monedas. Todo sucedió muy rápido mientras los discípulos le dejaron solo; aunque un evangelista afirmó que todavía Pedro atacó a uno de los centuriones cortándole una oreja de un tajo con su espada

Trataron a Jesús como vulgar delincuente solo por sus prédicas incómodas para el sanedrín, máxima autoridad de los judíos, cuando Él era uno de su pueblo y había sido escuchado en las sinagogas por quienes habitaban en esas tierras, parte del Imperio romano.

Esa historia cabía en el cuadro, con marco de madera oscura labrada, colgado en el muro izquierdo del ingreso a la casa, en ese pueblo del rincón del estado de Sanajuato, al que llamaban Sanpancho. A través del cristal, Jesús volvía la mi-

rada hacia la puerta como si la vigilara para impedir el paso a algún extraño. Luego de librar el quicio con sus tres escalones, se llegaba al patio en el mismo nivel de altura del resto de la casa, elevación que funcionaba como plataforma para protegerse de la crecida del agua de alguna de las frecuentes inundaciones de la época de lluvias. Aunque, la verdad, podía llover intensamente en cualquier mes del año.

El piso de la casa estaba cubierto por mosaicos rojizos con dibujos en crema, recordando con su combinación formas geométricas o florales que se formaban cuando se ensamblaban las piezas de cuatro en cuatro. La misma técnica que adornaba los domicilios de los vecinos, iglesias y plazas del pueblo; un producto artesanal local donde todo se hacía a mano, representando los variados motivos estilizados con los que solían contar sus numerosas combinaciones. Mi padre había decidido los colores de la casa que debían recorrer los muros de arriba a abajo. La sala amarilla, incluido el piso, el comedor crema, su alcoba verde Nilo para él y mi madre, rosa la de mis hermanas y azul la de nosotros, los varones. En los baños volvió al verde que tanto le gustaba, aunque buscando diferentes tonalidades. En el patio predominaron los mosaicos rojizos con formas que, al coincidir, dibujaban una suerte de hojas amplias desplegadas desde el centro y ribeteadas con tonos casi blancos en armonía con los altos muros que rodeaban el patio. Los dibujos tenían influencia árabe, parecidos a los de las postales que enviaba la familia de mi madre. De haber habido más colores y formas disponibles, mis padres las habrían empleado; eso sí, no les gustaban los más oscuros, grises, casi negros, que se veían en algunos lugares públicos.

Los adornos de la casa fueron por cuenta de mi madre. El cuadro del ingreso motivaba la oración al entrar y al salir. Entonces lo veía sin saber que la ciudad Santa estaba en lo más alto, y no en la parte baja como aparecía en el cuadro, hasta que descubrí la contradicción porque en los Evangelios Jesús siempre decía que subiría a Jerusalem. Así lo continuaban con esa referencia los judíos de Santa Rosa, cuando contaban que harían un viaje a la Ciudad Santa. Sin embargo, en el cuadro aparecía con menos altura que Getsemaní, algo que no tenía por qué saber ni el pintor ni yo. Después me di cuenta que la pintura del cuadro era de Jesús Helguera, semejante a las de los calendarios que los comerciantes de telas, boneterías, misceláneas, restaurantes y de los puestos de frutas y verduras del mercado, repartían año con año como regalo navideño para manifestar su agradecimiento a su clientela fiel.

Las imágenes de esos almanaques habían servido de inspiración para ilustrar varios pasajes de las festividades del poblado, para las veladas en el teatro, para los carros alegóricos en las fechas del santoral marcadas por el Calendario Galván al que con frecuencia se recurría en el pueblo, sobre todo para dar al recién nacido el nombre del santo que le correspondía de acuerdo con el día de su nacimiento. Los colores brillantes del pintor y sus diseños eran apropiados para el vestuario cuando en las escuelas se hacían los bailes españoles, las representaciones prehispánicas y folclóricas, algunos episodios de la vida de Cristo o de la historia sagrada en la Parroquia. Había que copiar la falda y el rebozo del dibujo, y si se lograban encontrar las telas para un contraste mayor como entre el amarillo dorado y el azul

turquesa, el verde con el anaranjado, el solferino con el amarillo, era mucho mejor.

En el cuadro se recordaba la última cena del hijo de Dios en la tierra, allí estaba Jesús atrayendo todas las miradas sin poner mucha atención en el entorno. La imagen era la señal de haber llegado a un hogar cristiano, como si mi madre temiera que alguien de otra religión pudiera siquiera acercarse. Para estar a tono, había sembrado en las macetas hechas con pedacería de cerámica blanca, unas hermosas plantas de elegantes hojas verdes para enmarcar la blancura de la Flor de María que brotaba en medio, tan bellas que mi madre decía que eran regadas por las lágrimas de los ángeles.

Al seguir por el patio, las habitaciones se situaban a la izquierda. Por la única rendija de respiradero en lo alto de las puertas de madera, se filtraba por las mañanas un polvillo que al contrastar con el sol simulaba un haz luminoso caído del cielo, como los que rodean las imágenes de los santos, mientras en el ambiente se respiraba el aroma del jabón Heno de Pravia de uso de mi madre. Al final del corredor, con las puertas siempre abiertas —salvo cuando llovía—, estaba el comedor en una disposición igual a la mayoría de las casas; se accedía por una puerta de herrería adornada por los orfebres con formas barrocas simulando hojas y flores para sostener los cristales. En su interior estaba dispuesta una mesa rectangular con las ocho sillas para la familia, un mostrador para exhibir platos y tazas, y las charolas del servicio. Junto, estaba una hielera metálica forrada con madera pintada de verde que en su interior almacenaba un bloque de hielo para proteger los alimentos, que un camión surtía diariamente muy temprano.

A veces el comedor se convertía en una beneficencia para alguno de los viejos pobres que se acercaban a la hora de la comida y mi madre decidía invitar. No compartía exactamente la mesa familiar porque se le sentaba en una más pequeña colocada en una de las esquinas; quién sabe si porque eran tantos los de la familia o para mantener separado a ese anciano o anciana que llevaba encima el tufo de la vejez y la miseria ajenas. Eso sí, se le invitaba a participar en la conversación o incluso a contar sus propias historias, mi madre pedía que le escucháramos con atención y sólo interrumpía para ordenarnos servirle agua y ofrecerle más pan.

En el comedor señoreaba un bajo relieve también de Jesús en la cena previa al pasaje representado en el cuadro del ingreso a la casa. Se trataba de un grabado en madera de cedro realizado por un artesano amigo de mi padre de la vecina ciudad de Silao. El tema evangélico le daba una continuidad a la casa, porque estaban representados dos pasajes de la misma noche, uno al ingreso y otro en el lugar central de la vivienda. Me pareció más original que los cuadros que veía en otros comedores donde siempre estaban los doce apóstoles, perfectamente distribuidos con túnicas de muchos colores, mientras en éste, sólo aparecía Jesús al centro con una mano sobre el pan y la otra cerca de la copa de vino perfectamente labrados y conservando el color natural. Pedro a la derecha en actitud protectora y Judas, de perfil con su nariz aguileña, con su rostro malévolo a punto de traicionarlo a la izquierda, y contemplaba con envidia la cercanía entre Él y Juan, el apóstol, que con familiaridad y amor reposaba su cabeza en su hombro. Él le

guardó tanta consideración que antes de morir, aún desde la cruz en la que fue crucificado, le pidió hacerse cargo de su madre, que al fin se consideraban hermanos. Solamente tres de los doce apóstoles llenaban el cuadro alrededor de Jesús en medio como un sol, los mismos que coincidieron en Getsemaní y en esas figuras se centraba la escena excepcional, de una sola pieza, con todo y su marco barroco.

En la noche representada en el cuadro, Jesús había celebrado, junto con sus discípulos, la cena de Pascua, para recordar la liberación de su pueblo sometido por Faraón en Egipto. Era el ritual que año con año recuerda a ese pueblo su liberación conducida por Moisés. Con la Pascua cristiana, en cambio, se celebra la resurrección de Jesús, expresada en la comunión por la cual se hermanan los cristianos a través del cuerpo y la sangre de Cristo, que permite a su feligresía renovarse día con día, según aprendía por entonces en el catecismo.

Ese cuadro había sido elaborado junto con otro con tema civil; por lo que mi padre lo ubicó por encima del escritorio utilizado en la sala para algún trabajo, desplazado desde la oficina, y empleado en ocasiones con mis hermanos para hacer las tareas escolares. Un grupo de hombres vestidos a la usanza renacentista, con chaqueta de cuello isabelino bordeado de encajes, calzón corto bombacho, con medias y zapatillas con hebilla, se sentaba alrededor de una mesa donde el personaje más destacado escribía con pluma de ganso en su libro de contaduría.

Era una alegoría del trabajo de la oficina de Hacienda; celebraba a mi padre representado en el centro del cuadro con sus finos rasgos del rostro, con su nariz recta, los cabe-

llos lacios peinados hacia atrás y sus sienes despejadas sobre su frente amplia con aire de dignidad. Se veía de la misma edad de la fotografía que mi madre atesoraba en su habitación, coloreada con mercurio dándole un aire de elegancia y un toque de originalidad, porque en el retrato en rojo todo era del mismo color: su rostro juvenil, el traje, la camisa, su corbata y hasta el sombrero a la moda de los años cuarenta.

Además, en cada habitación había un cuadro que le distinguía; en la sala estaba el del abuelo que vino de Líbano, el día de su boda con la abuela; ambos sentados en taburetes damasquinados, de madera con incrustaciones de nácar, comprados en algún mercado de su tierra. Detalles difíciles de percibir en solo un vistazo, eran señalados por mi madre; por ejemplo, el abanico de concha nácar con pequeñas flores de oro realizadas con ribete de encaje blanco que usó la abuela ese memorable día; y contaba como ella también lo lució en sus manos junto al gran ramo de rosas, tal como podía verse en la fotografía de su boda con mi padre. Peinada de casquete corto, ya a la usanza de la década de los treinta, y no el peinado de principios del siglo con los cabellos largos atados en chongo de la abuela, con su peineta de lado.

Estaba también adosada a la pared, detrás del sofá de la sala, la lámpara en forma de dragón de madera de oloroso cedro con sus alas extendidas y su larga cola ensortijada, con los ojos y la lengua luminosos que más que adornar o iluminar provocaban terror cuando mi madre la encendía por las noches y salía una luz de un rojo intenso que hacía de lengua de fuego. La lámpara no hubiera provocado

tanto miedo como su asociación con la historia que relataba el padre Tarsicio en la parroquia sobre lo que padeció el pecador señor Tundal que se encontró seres horribles como “...una bestia que tenía dos alas negras a cada lado del lomo y sus patas garras de hierro y acero muy afiladas”. En mis pesadillas recurrentes de niño, el dragón se convertía en una figura inmensa que reptaba por las paredes hasta llenarlo todo, contenido apenas por los muros. Mis padres entendieron las señales del temor que padecíamos y la lámpara, pese a considerársele una obra de arte, terminó sus días abandonada en el desván.

En la habitación de mi padre pendía de uno de los muros la fotografía del suyo, con la curiosa peculiaridad de que cuando algo no le gustaba, como las discusiones con mi madre, oscilaba como el péndulo de un reloj y todos en casa podíamos verlo, amedrentados por ese movimiento, aunque seguro a nadie le provocaba más miedo que mi padre.

Sobre el buró de mi madre, lucía la fotografía milagrosa de San Charbel, rodeado por un marco plateado, un santo que hacía milagros desde Líbano con su semblante adusto, largas barbas blancas y hábito negro con capucha, que se había develado cuando el fotógrafo buscaba imprimir una placa de su tumba y en el cuarto de revelado apareció la imagen del cuerpo impecable del santo que se transparentó convirtiéndose su ataúd de recio cedro apenas en un velo opaco.

En la habitación de mi hermana mayor estaba su propia fotografía a los diecisiete años con la mirada evasiva, con un peinado a la Rita Hayworth, con sus cabellos castaños, con sus puntas rubias y un vestido negro con cuello blanco, como los de la actriz; con pendientes de oro con

perlas salvajes incrustadas, que la madre guardaba como el verdadero tesoro que eran. Aunque mi hermana, más bonita, guardaba gran parecido a los retratos de las actrices que tenían en la peluquería a la que me llevaba mi papá. Algunos con los calendarios de varios años atrás.

La habitación de los tres varones era custodiada por un cuadro del Ángel de la guardia, con todo y oración: ...mi dulce compañía... justo en el muro donde reposaban las cabezas de las camas, como conjuro para evitar los malos pensamientos y los sueños pecaminosos que llegaban con toda la espontaneidad de la naturaleza. A veces mi madre pedía que la completáramos invocando a santa Mónica bendita, madre de san Agustín....

La habitación de las hermanas menores apenas si se daba abasto para albergar una cama, el oloroso ropero o chifonier, la cuna de la más pequeña y el canasto de varas forrado de satén rosa con sus enseres, cepillo, peine, jabones, talco, chambritas y zapatitos. La tela acolchada formaba pequeños rombos con bordados que incluían perlas diminutas en cada pliegue.

Mi madre no requería una fotografía porque su presencia llenaba toda la casa, aunque una que le había tomado un fotógrafo en Lion estaba en la primera hoja del álbum familiar. En ella destacaba su piel clara con la perfección de la porcelana, atraían sus ojos del color de la miel que, conforme avanzaba el día, se coloreaban con el verdor que aparecía al avanzar la tarde. Sus cabellos castaños estaban marcados por ligeras ondas dando más realce a su rostro.

Al toque de ánimas, a las 8 de la noche, cuando luego de jugar con los hijos de los vecinos que habitaban en la